

Raphael (o la pose amanerada del canto)

Pedro Lemebel

Casi una fumarola del cantar popular, que ha resistido por décadas el ventarrón de chismes y caricaturas que acentúan las mariguancias del ídolo. La estrella española más imitada por los humoristas, la burla hecha canción, la superventa de la parodia que sobrepasa la copia de discos y compactos. Si hasta los cabros chicos saben el chiste y dicen: Ay Raphael mi chica, cuando quieren reírse de un amiguito más delicado.

Raphael Martos, que apareció tan sencillo y provinciano por allí en los sesenta, cuando la balada pop era favorita en la madrepatria de Franco, y los cantautores de protesta pasaban de contrabando en la nueva ola de minifaldas a lunares y canciones del corazón. En esa España franquista, su romancero marucho venía bien, era un analgésico apolítico frente a Serrat, Paco Ibáñez y todos esos chascones de izquierda que querían cambiar el mundo. Allí hizo su estreno Raphael, arrancando suspiros a las niñas con su imagen de joven demasiado sentimental cantando: "Cierro mis ojos, para que tú puedas hacer lo que quieras conmigo." Pero esas letras inflamadas de deseo eran de Manuel Alejandro, un compositor que junto a Rafa hicieron la dupla triunfadora, la pareja que sonaba en los pelambres del cotorreo discográfico. Como si compositor y cantante se entrelazaran en los surcos del long play. Como si música y voz, verso e interpretación, bailaran juntos, girando apretados en ese: "Cierro mis ojos, para que tus dedos corran por mi piel".

Entonces el niño filmaba películas de galán, repletando estadios con esas fans molestosas que no le dejaban tranquilo, que todo el día se lo pasaban detrás de sus pasos y hasta en el baño encontraba a alguna sapeando por la ventana que cerraba de sopetón en sus narices. Pero ellas igual seguían encandiladas con "Aquel que cada noche te persigue." Pasando de conquistador con su macho aflautado, movía las fibras maternas de las mujeres encantadas con su cortejo ambiguo, con su especial desafío al cantar "Digan lo que digan". Pero dijeran lo que dijeran, y frente al futuro de su carrera, igual tuvo que casarse con una bella de la nobleza cofia, tapándole la boca a todos esos mal pensados que tragaron saliva al ver la foto de Rafa con mujer y rodeado de hijos, con tanta tradición católica como segunda familia real.

Con la franquicia de su boda, se acallaron por un tiempo las malas lenguas, y el astro pudo desplegar tranquilo las trenzas emancipadas de su actuación. Incorporó el baile y otros géneros de la música popular, como el folclor latinoamericano, frágil izando su tradición política con los zés, zis, zás de su afectada vocalización. En Chile, ante la mirada preocupada de la izquierda, hizo una interpretación de Violeta Parra, amariconando el "Gracias a la vida" de la finada, con el joteo Terezo de sus zetas.

Sin duda que a pesar de la homofobia de sus detractores, la sobreactuación y el delicado timbre vocal de Raphael se han impuesto como un estilo que logró incrustarse en el corazón del cancionero popular. Sin cambiar ni una nota, ni transar con la caricatura viril que la moral del mercado discográfico le imponía Rafa ha usado esa presión para diferenciar su personaje de los Iglesias y Rodríguez. Raphael ha hecho una producción de su propio chiste, devolviendo la burla, revirtiendo la mofa de sus imitadores al acentuar los pestañazos de su

canto, al enfatizar las guaripolas aladas de su baile, al refinar el plumereo irónico de su gestualidad. Porque al fin y al cabo, él mismo se mimetiza en la pirueta colifrunci de su actuación, él mismo es su mejor y más paródica copia, que deja a los humoristas que lo remedan como tontos de segunda fila.

El niño, ya canoso y entrado en años, se ríe de las risas. Y esa estrategia es un elogio para las tres décadas que se ha mantenido en el top musical a toda resistencia. Es un tributo que le rindieron en Venezuela por cadena de televisión. Y cuando le pidieron que firmara el libro de las estrellas, Rafa puso su firma y después se sentó en el libro, estampando sus nalgas ajadas a lo Hollywood, para toda Hispanoamérica. Hace unos años, en la elección presidencial española, Raphael le dio su apoyo a Aznar de la derecha, y dijo que por fin se le hacía justicia al general Franco. Pero estas opiniones políticas y reaccionarias de Rafa nadie las toma en serio, menos las mujeres, que lo siguen adorando como a un niño senil y travieso. El resto... "Qué sabe nadie lo que a Rafa le gusta o no le gusta en el amor".